

Tercera Conferencia. 30 de agosto de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

Quiero seguir aún con las relaciones entre madre e hijo, que podemos extender a los abuelos y a los orígenes del mundo. Vuelvo a referirme a la vida prenatal. En la vida del enfermo, la supresión de los símbolos que nos rodean juega un gran papel. Conviene llamar la atención sobre la relación entre la madre y el mar. Si la ampliamos obtenemos una conexión que podemos hacer extensible a la tierra. Se habla del seno materno y del seno de la tierra, y tenemos buenas razones para hacerlo. Si observamos cómo camina un individuo de temperamento artístico, veremos que suele detenerse, interrumpiendo su marcha; si le preguntamos la razón, tal vez señale un árbol que se alza ante él; el árbol lo ha desconcertado y ha despertado una cadena de pensamientos, que se revela en su modo de hablar acerca del seno de la tierra, del tronco del árbol y finalmente del árbol genealógico. Es uno de los ejemplos más claros de la vida simbólica. Si nos paramos a considerar cuál es el tipo de troncos que desconciertan al ser humano, advertimos que recuerdan a una representación del acto sexual. En la tierra se ve a la mujer; en el árbol, al hombre; en el cielo, al cuerpo del hombre. La persona de temperamento artístico siente de pronto que allí hay algo particular. El hombre es un árbol y el aparato sexual del hombre da la impresión de un tronco; lo podemos comprobar en innumerables matices del lenguaje. Continuamente nos hallamos ante la propuesta elemental de que el hombre es un árbol. Nadie duda en colgar un árbol genealógico en la pared, pero sí en hablar acerca de cosas sexuales. Hasta ahí llega la mojigatería.

El anillo conyugal no tiene otro significado que el del órgano sexual femenino, que va unido al órgano sexual masculino. Son dos ejemplos evidentes de lo que son los símbolos. Del seno de la tierra me gustaría pasar a la labranza. Hay un gran parecido entre los hechos que se producen en la labranza y los de la concepción y el nacimiento. Ahora se dice que la idea de la labranza surgió de la mujer, y no es inverosímil. El parecido es tan sorprendente que bien podemos detenernos en él por un momento. La tierra es desgarrada por la reja del arado; el surco en el suelo corresponde al surco en el que se introduce el miembro viril. Se deposita la semilla, y de ahí resulta el fruto, de la misma manera que el hijo es fruto del germen. No hay en el mundo un solo átomo creado o concebido por el ser humano que no esté en estrecha relación con la vida sexual, y ésta, aun sin ser una determinante exclusiva, es no obstante un fenómeno primordial. Si una cultura lo niega, labra su perdición, porque se aparta de los impulsos verdaderamente creadores del ser humano. Resulta curioso que sea exactamente el mismo término, el que designa el germen de la tierra y el germen del hombre.

Quiero también llamar la atención sobre la Iglesia. Se habla del seno de la Iglesia y también se representa a la Iglesia como madre, y a veces igualmente como novia. Examinado estas cosas, llegamos a un curioso simbolismo. A mucha gente le incomoda un campanario, sin saber las conexiones. El edificio de la iglesia no es nada más que la simbolización de la unión del hombre y la mujer. La iglesia tiene algo atrayente. Cuando, de paseo, advertimos desde lejos una iglesia, ésta siempre atrae nuestra mirada, porque el campanario se vincula con la bóveda del edificio, que expresa la conexión entre el hombre y la mujer. El gallo sobre el campanario significa asimismo el hombre, el aparato viril, que es el arma y la salvaguardia del hombre. Todas las demás armas derivan de ahí; también el hecho mismo de la guerra.

El término “vida sexual” se encuentra desvalorizado, pero lamentablemente no existe otra expresión que lo sustituya. Es un buen término y no debemos atemorizarnos. Nunca nos indignaremos demasiado ante esa

resistencia, pues se trata de una “reconciliación”, de una intención pacificadora, y es monstruoso que se le haya dado a la expresión un significado desagradable, esto es, “malo” (*schlecht*); aunque, por otro lado, *schlecht* no significa en realidad sino lo mismo que *schlicht* (simple y recto).

Volviendo al edificio de la iglesia. El templo expresa las mismas relaciones; también en este caso se ha construido arquitectónicamente de la misma manera. El templo judío lo indica con mucha mayor claridad. Hay un *sancta sanctorum* y un tabique (*Scheidewand*, o sea, literalmente, pared vaginal) a través del cual únicamente puede entrar el sacerdote. Es una virgen, en la que sólo se permite la entrada al esposo. Todas estas cosas son demostrables, y las menciono por que juegan un gran papel en la vida humana y en las enfermedades. Del campanario, que provoca vértigos cuando se lo observa y ataques de apoplejía y fracturas de piernas, pasamos a la chimenea de una fábrica. ¿Por qué es tan fea? Únicamente porque también ella es un símbolo feo al faltarle la mujer. Es sólo un miembro viril bajo el cual hierve la caldera: un índice del deseo. Estas chimeneas no sólo alteran el paisaje con su humo y su línea sobresaliente, sino que además dan la sensación de que hay ahí algo que no está en orden, algo que no debería mostrarse en público. Y además algo curioso: en una de muestras ciudades más piadosa, célebre por su devoción, hay al mismo tiempo una gran industria, que ha encontrado la solución entre la santurronería y los instintos propiamente humanos. Ya no es en absoluto necesario construir chimeneas; son superfluas y caras. Tan pronto como se quiere construir una nueva fábrica o modificar una antigua, el primer problema es: ¿dónde irá la chimenea? Y no se pone una, sino dos, tres; cuantas más haya mejor. Esta supuesta devoción que sólo es una costumbre absurda, pretende encubrirlo todo de este modo; pero súbitamente, cuando menos se piensa, aparece el contenido. Nuestras leyes morales no son más que leyes de conveniencia, modas. Fumar, usar anillos y prendedores, plumas, flores y pájaros en el sombrero, llevar bastón, todo es lo mismo, además de no ser fecundo.

Mientras los seres humanos quieran ser ángeles y no seres humanos, la cultura correrá hacia su perdición. Y esto no se debe únicamente al cristianismo, sino a otras condiciones marginales al hecho religioso.

Estos reproches deben recaer de lleno sobre nuestra formación científica, que no tiene tampoco una configuración libre y espontánea, sino compulsiva, y que seguramente ha contribuido mucho a demoler una y otra vez el edificio cultural erigido sobre ella. Me gustaría resaltar el hecho de que la estructura de la casa romana está muy relacionada con la morfología de la mujer; las designaciones son coincidentes. Creo que la construcción de las casas también se fundamenta en la mujer. Sin duda ésta es una observación que no ha llegado a la conciencia: la criatura descansa en una cavidad protegida de las intemperies y de los peligros de la vida; ésta es la fuerza que ha impulsado la construcción de casas. Encontramos esta idea en la vida del ser humano, sano o enfermo, y también en la vida del sueño. Si alguien sueña con una habitación, sueña con una mujer; si sueña con una habitación no amueblada, sueña con una mujer que no se halla en un “estado interesante”. Otro tanto ocurre con el desierto, que también posee un significado particular en la vida femenina. Durante el sueño se revelan muchos acontecimientos, que igualmente se presentan por otras vías, como los mitos, los fantasmas, las obras de arte, los ensueños: todas ellas son manifestaciones de las fuerzas del alma o como queramos llamarlas. La sensibilidad y el pensamiento humanos no pueden separarse de estas condiciones; siempre acaban por desembocar en las mismas representaciones místicas, consustanciales del ser humano.

La vida del sueño me lleva a la otra vida: de nuevo al baño y al mar. La permanencia en el agua da pie a una multitud de esclarecimientos. El niño es mecido en el cuerpo materno, y de ahí proviene la cuna; el balanceo se produce cuando la madre camina. Y en seguida se pasa al mecimiento en los brazos, que refuerza en el ser humano la sensación cadenciosa que hace que el ritmo y el orden le resulten agradables. El niño recibe con desagrado cualquier balanceo irregular del cuerpo de la madre; entonces da unas pataditas y avisa. El adolescente grita; el adulto sufre mareos. El mareo está simplemente determinado por el recuerdo del balanceo regular y agradable y el de balanceos irregulares, desagradables; el ser humano se subleva contra éstos; surge el vómito.

El niño quiere desembarazarse de la madre; el humano adulto quiere salir del mar. El mareo acompaña a algunas personas durante toda su vida, y temporalmente a otras. Los hay que llegan a curarse: aprenden a seguir los movimientos del mar. Al mecimiento se añade el balanceo, que tienen igualmente una gran importancia. El balanceo es de una belleza encantadora para los niños, ya que los niños están más cerca

que los adultos del tiempo en que fuimos balanceados. “Subir al cielo” es estar junto a la madre; el cielo, ciertamente es el hombre, pero también es la madre, porque todo hombre es en parte mujer y en parte varón. No hay únicamente varones y únicamente mujeres; todo ser humano es una dualidad. Y no se trata de poseer exclusivamente cualidades masculinas o femeninas; se trata de tener la mezcla justa. En los grandes hombres se han desarrollado grandes cualidades masculinas y femeninas, que se hallan en una relación de armonía. Lo que se relaciona con el seno materno es el miedo a la caverna, a la prisión, al modo en que castiga y sobre todo a la acción de enterrar. Como a la semilla, como al germen, al cadáver se lo deposita en la tierra; siempre está presente el pensamiento de resurrección e inmortalidad, y es comprensible que la Iglesia se alce contra la incineración porque en ésta se pierde algo del simbolismo. Así como surge el niño del vientre de la madre, así el ser humano se eleva desde el seno de la tierra. Algo más sobre la prisión, sobre la caverna: la mujer es la casa, la casa es el hogar (*Heim*), el hogar es lo misterioso (*heimlich*), y el secreto (*Geheimnis*) es el crimen y debe ser enterrado en la caverna, castigado con la prisión. La inclinación al secreto es innata; es algo que todo ser humano debe tener, pero que también constituye un obstáculo para él en el comercio con los demás. A la intimidad (*Heimlichkeit*) de la casa se añaden la caverna y la prisión. Las cosas se asocian solas. Cuanto más abro los ojos, más cuenta me doy de que las cosas se entrelazan íntimamente con nuestra vida personal, causando bienestar y malestar. Se me reprocha haber cambiado y tratar a los enfermos de manera diferente. No es verdad. Lo que ocurre es que comienzo a darme cuenta de que la mayoría de mis enfermos no pueden ser curados con baños y masajes; tengo que recurrir a otros medios. A menudo hay que actuar sobre los estratos más profundos de la vida para curar a los seres humanos. En general, se puede ayudar bastante a personas que han llegado a convencerse de que ya no pueden ser ayudadas.

A menudo se me ha planteado esta pregunta: ¿qué influencia tiene la madre sobre el niño durante el embarazo? El niño siente las impresiones buenas y malas de la madre y se defiende de aquellas que le resultan malas. Pero no llego a creer que la madre pueda también influir con sus pensamientos y con su comportamiento, sobre el niño que está en ella. A mi modo de ver, el niño es completamente autónomo y poco influenciado por los pensamientos y actos de la madre. Lo esencial, lo que influye en el niño, son los movimientos y las sensaciones. Entre la madre y el hijo no hay una conexión real. La madre no alimenta a la criatura; su sangre no se transmite a ésta. El niño ha creado soberanamente para sí algo que le es muy propio; hay allí centros de alimentación que están completamente separados. Y tampoco el miedo a alguna malformación puede causar nunca una lesión en el niño. Esto puede parecer contradictorio con mi afirmación de que, cuando la madre no desea al niño, sobreviene un mal parto, pero esto queda en otro contexto. Veamos otra particularidad: la gruta del tesoro. Todo aquello que nos gusta lo depositamos en el cuarto del tesoro; es un concepto tan viejo como el mundo. El lugar del tesoro no es otro que la matriz, donde está encerrado como en un féretro el mayor tesoro del ser humano: su futuro...

Si consideramos la ciencia, advertimos que es propio de su naturaleza el deseo de decidir algo. Esta es la impresión que da a quien no se ocupa de ella, y la ve sólo de lejos. Pero cuando esa misma persona se interesa por la ciencia, entonces examina y ve que todo conocimiento está apenas hilvanado: cuanto más se avanza, más dudoso es todo. Es como escalar una montaña. La persona no prevenida está al pie; ve algo determinado, trepa y llega a la cumbre. Obtiene entonces una perspectiva más amplia, pero nada más. La persona no prevenida es comparable a un alumno que toma como referencia a la autoridad, cree que aquello que está arriba conoce algo, que sabe cómo son las cosas, cómo se compone el mundo, y que dos más dos son cuatro, y que la sal se disuelve en agua, etcétera, etcétera. Son conceptos bien establecidos para quienes siguen siendo ajenos a la ciencia. Por eso a ésta sólo la utiliza aquel que investiga. Pero los resultados son utilizados también por otras personas. Sin embargo, tan pronto como se hace un dios de la ciencia, en ese mismo instante la vida se detiene y comienza lo absurdo. Cuanto más se ocupa uno de la ciencia, mejor lo advierte; yo nunca llego al fin. Y no hay que desdeñar el lado práctico. Con la ayuda de la ciencia hemos traído al mundo multitud de cosas, invenciones técnicas, y han sido posibles gran número de actos que tienen un efecto directamente dañino y conducen al suicidio. Cuanto más progresa la ciencia médica, más aumentan los medios para prolongar la vida humana, para mantener con vida a los débiles y necesitados, a los locos, a los borrachos y a los tullidos; se inventan medios para crear un sucedáneo de la leche materna, un sustituto alimenticio, para evitar la concepción y el embarazo y para llevar a cabo un sinnúmero de actos realmente suicidas.

¿Qué entendemos, entonces, por ciencia? Mientras se quiera investigar y las personas con vocación para investigar lo hagan, no hay nada que objetar. Pero no es bueno que se instaure una era científica como forma de vivir. Tomemos, por ejemplo, un órgano como el ojo: la invención de los anteojos ha perjudicado a tanta gente como a la que ha sido útil. Quiere esto decir que los anteojos no siempre sirven, porque los ojos se habitúan a movimientos completamente distintos que no corresponden a su estructura, sino que deben regirse a través de un cuerpo extraño. Y la circulación no se efectúa en el ojo como ocurriría en caso de no usar anteojos.

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 11-ex-37